

# Diálogo de verdugo

Stephanie Martínez

## Capítulo 1

- A ver, cuénteme, sin cifras pero exacta.
- Me siento desencontrada aún habiendo indagado en mis rincones más recónditos.
- Profundice más, si es que su vacío se lo permite.
- Verá, tengo un grave enigma que me cohíbe: lo analizo todo. Al final de cada día acabo exhausta y desconsolada porque mi conclusión no deja de ser la misma: la gente que me rodea me parece superflua, mediocre y opaca. Ya sabe, nada transparente. Quiero poder magnificar y destripar las cosas simples que se nos presentan sin llamar a la puerta. Por ejemplo, el hecho de que las nubes se vean más bonitas cuando no están rodeadas de otras, el cómo una abeja pueda generar miel y veneno al unísono, la relevancia de un periódico a primera hora del día y su insignificancia al atardecer cuando, finalmente, yace inútil en una papelera de la ciudad sobre la que informa. Me gustaría, de verdad. Pero sé que de al menos intentarlo sonaría ridícula, infantil y de un pletórico que irritaría de sobremanera a quien me escuchase. ¿Qué opina, doctor?
- ¿Le molesta si le respondo con una pregunta?
- Ya lo acaba de hacer. No se preocupe, me parece genuino además.
- ¿Ha vivido usted algún naufragio?
- Yo soy un naufragio.
- Querrá decir que se considera náufraga.
- No, yo soy un naufragio. Soy el acto de ir constantemente a pique; un náufrago, en cambio, solo se accidenta una vez.
- ¿Qué cree entonces que le puede salvar de la isla en la que vive?
- Eso es una X que nadie podrá despejar y por tanto, mi mayor aflicción. Por eso estoy aquí.
- Alguien habrá para sacarle a flote.
- No ha escuchado nada de lo que le he dicho ¿verdad? Ese alguien debería ver magia donde no la hay, una paranoia muy bonita que escépticos como usted no entienden. Lo triste es que el ser humano promedio se rige más por la apariencia que por la esencia, por eso me siento inadaptada. No hay gente que le guste sacar metáforas y aprender de nimiedades cotidianas como esa puta gota de lluvia que siempre se desliza por los bordes de los edificios hasta caer nada más y nada menos que en nuestro epicentro.
- Epicentro, eso es lo que usted se cree que es. Noto ciertos matices de egocentrismo en sus palabras.
- Comprendo que así lo crea. No obstante, si bien todo el mundo me parece insignificante, eso me hace sentir a mí más menuda e insignificante aún porque nadie me puede proporcionar significado.
- ¿Cuál es su tipo de hombre ideal?
- No he venido aquí para hablar de imposibles.
- Sin embargo ese es un dato que no vendría mal para intentar comprender qué es lo que busca y no encuentra.
- Se lo pondré fácil, un Woody Allen. Humor cínico e inteligente. Mantener

un diálogo que se salga de los márgenes de la convencionalidad, andar y sentir como si Yann Tiersen estuviera tocando el piano detrás de la única farola encendida en la plaza que nadie transita. Un individuo con quien me entren ganas de universo y que me las sacie pintándolo en un lienzo para después ponerle mi nombre, que indague en su imaginación hasta que le crezcan alas de tanto surrealismo, que no tenga reparo en confesarse infeliz, lo cual no quiere decir triste sino humano y que conciba que no hay libertad más bonita que la de anclarse junto a quien te hace navegar. ¿Ya tiene suficiente desinformación?

- En efecto, es usted utópica y atípica. Le recomiendo menos reflexiones al día y que no tema unirse al borreguismo social, para el bien de su entorno.

- Bueno, podría ser peor.